

SUENEN LOS TAMBORES

“La necesidad de romper con una persistente y dominante lógica de pensarnos y de articular la representación de nosotros mismos a partir de cánones eurocéntricos se impone cada vez más, así como la reflexión sobre cómo somos y por qué. La memoria es lo opuesto al olvido y el silencio es más fuerte que la muerte. Rescatar la memoria de hechos pasados que aún hablan al presente, frente al resurgir de prejuicios y segregaciones raciales es una necesidad vital”.

Las anteriores palabras de la historiadora cubana Mirta Fernández Martínez en la Introducción de su libro *Cantos de negritud*, nos hacen reflexionar sobre un tema que en *Archipiélago* hemos abordado permanentemente desde los inicios: la identidad cultural de los pueblos latinoamericanos y caribeños, fragmentada y dispersa por el proceso de globalización. “Para integrarnos, debemos antes conocernos”, decíamos en 1992, cuando iniciábamos las discusiones que habrían de derivar en la creación del proyecto. Conocernos, del uno al otro confin. Un viaje a los paisajes exteriores y a los interiores, a los naturales y a los culturales. La memoria. Fue por ello que el editorial del número uno de la revista, aparecido en mayo de 1995, lo titulamos “Del Bravo a la Patagonia. La cristalización de la utopía”.

Elaborar un concepto cultural de América Latina y el Caribe que desborde los estrechos límites de las fronteras geopolíticas, para incluir a la parte de su población asentada en otras latitudes, implica reconocer al fenómeno migratorio como uno de los que más impactan actualmente a las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales de la región. Ecuatorianos, colombianos y peruanos en Madrid y Barcelona; haitianos, dominicanos y puertorriqueños en Nueva York; cubanos y venezolanos en Miami; mexicanos y centroamericanos en California, Texas, Illinois... en Canadá. Campesinos en las labores agrícolas, obreros en las fábricas, trabajadores en los servicios domésticos y comerciales, asilados políticos, indocumentados, estudiantes universitarios y profesionales de las más diversas disciplinas, empresarios, proletarios... La variedad es asombrosa. Las identidades se deslavan, se transforman, se modifican. El idioma, la cultura, la religión, la alimentación, las costumbres, las tradiciones, los principios, los valores, todo ello se resiente. La pobreza y la desigualdad social frente a la riqueza extrema es el común denominador. Pero nunca dejan de pertenecer a la patria grande. Son nuestros migrantes.

Si bien es cierto que las migraciones y lo que ellas conllevan son inherentes al devenir del género humano, hoy en día se han convertido en uno de los retos más grandes que tiene que afrontar el mundo globalizado. Desde hace décadas, el flujo migratorio de los países pobres a los países ricos se disparó notablemente, debido en buena medida a los ajustes realizados a la economía mundial, que polarizaron más aún al planeta, así como a las guerras fundamentalistas religiosas que se han desatado en Medio Oriente y en varias regiones de África, principalmente. Este proceso migratorio, en el que anida la contradicción no resuelta entre mundialización y universalismo, por un lado, y singularidad y particularismo, por el otro, ha exacerbado fenómenos tales como la hibridación y la transculturación, la intolerancia, el racismo y la xenofobia, cuyas manifestaciones violentas y crueles son un impedimento para cualquier convivencia civilizada y una amenaza para la paz mundial. “El fin de los tiempos”, le llama Ricardo León García en el artículo que le publicamos en esta edición. El levantamiento de un muro en la frontera de México y Estados Unidos, el incremento de las deportaciones masivas y las barreras impuestas por los republicanos a la reforma migratoria de Obama, así como la postura de personajes como el empresario y precandidato a la presidencia por ese partido, Donald Trump, son tan sólo algunas pruebas fehacientes de ello.

Los pueblos de Nuestra América, cuya identidad encuentra su raíz más profunda en las migraciones que desde época remota han dejado huella en su territorio, y en el mestizaje étnico-cultural que las ha acompañado, no pueden ni deben enfrentar esta situación aislados. Es necesario definir acciones que contribuyan a reafirmar su identidad cultural, sentido de pertenencia y orgullo de ser, basados en sus raíces, tradiciones y luchas ancestrales, así como estimular en ellos la conciencia de unidad e integración, indispensable para lograr la satisfacción de sus demandas y mejores condiciones de vida. Nuestros migrantes. Si no hay respeto al otro, al diferente, la globalización será negativa. Habrá siempre zonas excluidas y marginadas justamente por eso, por ser diferentes. La convivencia será ríspida y frágil, si no imposible. En *Archipiélago* estamos convencidos de ello. Intentaremos revertir ese fenómeno. Sumemos fuerzas. Suenen los tambores.